

Teoría de la violencia y estrategia de poder en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, 1967-1986*

Igor Goicovic Donoso**

I.

Poder, violencia y estrategia revolucionaria

Los puentes que históricamente han relacionado al movimiento social y la estrategia política, han estado mediatizados por el utillaje teórico aportado por la teoría revolucionaria, especialmente por el marxismo y, en cierta medida, por el anarquismo. Cuando nos referimos al movimiento insurgente de las década de 1960 a 1980, ambos soportes doctrinarios tienden a manifestar una importante recurrencia. Por ende, la caracterización de la sociedad, de las relaciones de poder y del rol y función del movimiento social revolucionario y de la vanguardia del proletariado, encuentran su soporte teórico en dichos paradigmas. Las contribuciones de los clásicos del pensamiento social del siglo XIX y comienzos del siglo XX dan cuenta, precisamente, de varias claves analíticas fundamentales en el diseño de la estrategia revolucionaria: Estado, lucha de clases y violencia política, adquieren, entonces, una dimensión fundamental en el análisis político de los grupos insurgentes de la época.

Federico Engels, sostiene al respecto (1884), en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*,^{1[1]} que la institucionalidad estatal, es un producto de la sociedad cuando esta llega a un grado de desarrollo determinado; es la confesión de que esa sociedad se ha enredado en una irremediable contradicción consigo misma y está dividida por antagonismos irreconciliables, que es impotente para conjurarlos. De esta manera el Estado surge como un poder llamado a establecer mecanismos de orden que amortigüen los conflictos sociales. Es por lo tanto, producto y manifestación del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase. El estado, entonces es un órgano de dominación de clase, un órgano de opresión de una clase por la otra, es la creación del orden que legaliza y afianza esta opresión, amortiguando los conflictos de clase.

Más tarde Engels (1895), al profundizar en sus estudios referidos a la lucha de clases y al papel de la violencia en la resolución de las luchas de poder, sostuvo que la construcción de un Estado fuerte, respetado por sus pares y capaz de imponer una implacable política de control social a nivel interno, debía edificar una sólida estructura burocrática, en la cual los dispositivos policiales y militares ocupan un rol central.^{2[2]}

Desde una óptica analítica diferente, pero no necesariamente antagónica, el tribuno anarquista George Sorel, plantea en su trabajo *Reflexiones sobre la violencia* (1906), que el ejercicio de la violencia por parte del proletariado constituye la única estrategia viable para resolver las contradicciones de clase y, a partir de ello, avanzar hacia una sociedad comunista.^{3[3]}

Por su parte V.I. Uliánov, más conocido como Lenin, analiza esta temática en su clásico libro *El Estado y la revolución* (1917).^{4[4]} En él sostiene que la liberación de las clases oprimidas sólo es posible mediante una revolución violenta que involucre la destrucción del aparato del poder estatal que ha sido creado por la clase dominante. En este contexto el elemento central que permite la estabilidad del Estado es el monopolio de la fuerza; es decir, el ejército permanente, la policía y la política impositiva que permite sostenerlos. El rasgo distintivo de la *sociedad democrática*, que no invalida lo anterior, se encuentra en que el sufragio universal y los mecanismos de representación tienden a encubrir las relaciones de dominación de clase. En ambos casos la solución es el asalto y la destrucción del Estado burgués, su reemplazo por la dictadura del proletariado —el pueblo en armas— y la consecución de una sociedad sin clases, o sea, la extinción del Estado.

De la misma manera, la sistematización de la experiencia político-militar china durante la guerra contra la ocupación japonesa y posteriormente durante la guerra civil, recopilada en los escritos de Mao Tse-Tung, y en especial la tesis del enfrentamiento armado entendido como una guerra prolongada que deviene en el cerco de los centros urbanos por columnas guerrilleras rurales, alcanzó una amplia difusión entre los movimientos insurgentes de los países del Tercer Mundo.^{5[5]}

Inmersos en esta vorágine de discusiones teóricas y políticas, los revolucionarios latinoamericanos arribaban a la década de 1960. Época decisivamente marcada por el desarrollo de movimientos de liberación nacional en América Latina, África y Asia, los que con las armas en la mano demostraban la capacidad de los pobres y explotados del mundo de liberarse de las cadenas de la explotación y la dominación, tanto criollas como imperiales. Así, los escritos del dirigente revolucionario argelino Frantz Fanon, especialmente *Los condenados de la tierra*, tuvieron un fuerte impacto en la conceptualización estratégica mirista, especialmente en el análisis y proyección de las formas de lucha insurreccionales.^{6[6]} Por su parte, los escritos político-militares de Vo Nguyen Giap, *Guerra de liberación* y *El hombre y el arma*, pusieron de relieve el carácter de guerra popular prolongada que adquirirían los modernos enfrentamientos antiimperialistas.^{7[7]}

Por otra parte, la caracterización de los procesos económicos sociales y políticos que afectaban a América Latina durante el siglo XX, se convirtieron, también, en un importante insumo para las definiciones estratégicas de la izquierda insurgente. De esta manera se concluía que la decadencia del lazo europeo, profundizada por la crisis de 1929, había desembocado, al culminar la Segunda Guerra Mundial, en la dependencia de nuestro continente respecto de EEUU. En lo político dicha dependencia se expresaba en el anticomunismo. Así, los acuerdos de la Conferencia de México (1945) establecieron la necesidad de un organismo regional que

asumiera la resistencia frente a la agresión internacional; ello derivó, en 1947 (Rio de Janeiro), en el Tratado Internacional de Asistencia Recíproca (TIAR) y en 1948 (Bogotá), en la creación de la Organización de Estados Americanos (OEA).8[8]

No obstante, a mediados de la década de 1950 ya se observa claramente el agotamiento del modelo de acumulación capitalista basado en la sustitución de importaciones, que no logró resolver las expectativas ni las demandas de la población. También es visible el agotamiento del populismo como modelo político. Este último, tanto en su modelo democrático burgués, como en el nacional corporativista, había situado como eje la movilización de masas, en cuanto soporte estratégico de la erradicación del sistema oligárquico y como base estructural para perspectivar el desarrollo. No obstante, a comienzos de la década de 1960 ninguna de las dos expectativas se había cumplido.9[9]

Junto a estos fenómenos es posible reconocer un movimiento demográfico de extraordinarias implicancias y proyecciones: los desplazamientos campo-ciudad. Efectivamente, desde la década de 1930 en adelante millones de latinoamericanos comenzaron a emigrar desde las áreas rurales hacia los centros urbanos, atraídos por las expectativas laborales que ofertaba la industrialización fordista y por las aparentes comodidades que sugería el novedoso equipamiento urbano. No obstante, a su arribo, los miles de emigrantes rurales sólo encontraban subempleo, arranchamiento precario, exclusión y marginación.10[10] Es decir, en el ámbito urbano, el circuito de la pobreza, desde el cual huían con angustia, terminaba también por absorberlos en las barriadas de miseria de las ciudades.

Es en este contexto que irrumpe de manera avasallante la experiencia política y teórica de la Revolución Cubana. Efectivamente, la Revolución Cubana modificó de manera importante la forma de hacer política por parte de los sectores populares en América Latina. La llegada al poder de las columnas guerrilleras del Movimiento 26 de Julio, tras el desarrollo por más de dos años de una estrategia de enfrentamiento armado con el Estado burgués, modificó los lineamientos táctico-estratégicos de un segmento significativo de la izquierda latinoamericana.11[11] El principal impacto de la Revolución Cubana se produjo en el plano político y, a través de él, en el plano cultural. Así, la experiencia revolucionaria despueblo cubano permitió fijar con exactitud a los enemigos de los sectores populares: la oligarquía criolla y el Imperialismo norteamericano; sugirió una estrategia política de conquista del poder: la lucha armada guerrillera; situó la construcción de la vanguardia popular, el eje conductor del movimiento revolucionario, en el Ejército Rebelde, ámbito político-militar en el cual probaban y legitimaban los revolucionarios; estableció que en el contexto latinoamericano el conductor de dichos procesos es el proletariado, pero indicando que al campesinado le cabe una importancia significativa en el proceso de formación y desarrollo del Ejército Rebelde; enfatizó, a partir del modelo guerrillero, una nueva categoría ético social: el hombre nuevo, eje proyectual del guevarismo; y, por último, reivindicó efectivamente el internacionalismo político y social.

Pero, además, estos aspectos de orden estructural dieron origen a una serie de reacciones, tanto entre aquellos que miraron con preocupación el fenómeno

revolucionario, como entre los que se conmovieron con su victoria. Reaccionaron el Imperialismo y las clases dominantes, las que implementaron una variada gama de iniciativas estratégicas orientadas a contener la influencia de la Revolución Cubana en el continente. De esta manera se entiende la Alianza para el Progreso, la Doctrina de Seguridad Nacional y la Estrategia de Contrainsurgencia. Posteriormente el ascenso de las luchas populares, en el contexto de máxima influencia de la Revolución Cubana, detonó los golpes militares. Por otra parte la Revolución Cubana incentivó la creación de la Nueva Izquierda o Izquierda Revolucionaria; que asumió aspectos importantes del castro-guevarismo, particularmente su concepción del poder, su articulación como partido de cuadros y la adscripción a la lucha armada. Los nuevos referentes políticos que surgieron en la década de 1960 —MLN Tupamaros, Ejército Revolucionario del Pueblo, Ejército de Liberación Nacional, MIR chileno y peruano, etc.— se apoyaron, fundamentalmente, en movimientos sociales radicalizados otrora excluidos o escasamente privilegiados por la izquierda tradicional: jóvenes, campesinos, pobladores y minorías étnicas.¹²[12]

La influencia de la Revolución Cubana no tardó en hacerse sentir en toda América Latina. Miles de trabajadores, campesinos y estudiantes, seducidos por la épica guerrillera caribeña, y nucleados en emergentes organizaciones revolucionarias se lanzaron al monte portando vetustos fusiles, dispuestos a arrebatarse el poder a la oligarquía.

Tras el triunfo de la Revolución Cubana, y bajo la directa supervisión del Departamento de Estado norteamericano, el Pentágono inició un sistemático proceso de formación de los oficiales de las FF.AA. latinoamericanas, en el marco de la Doctrina de Seguridad Nacional y de la Estrategia de Contrainsurgencia, aplicada previamente por los franceses en el Sudeste Asiático y en el Norte de África. Este proceso, que tuvo su centro operativo en la Escuela de las Américas, en Fort Gullick y en la Zona del Canal en Panamá, permitió la homogenización político-ideológica de los ejércitos latinoamericanos, en torno a un anticomunismo militante, y generó las condiciones para la organización de destacamentos armados especializados en la lucha contrainsurgente.¹³[13] De esta manera, situaciones como la derrota del ejército de Fulgencio Batista, a manos de una milicia irregular, no debía volver a repetirse.

La Doctrina de Seguridad Nacional, surgió en el contexto de la Guerra Fría para designar al enemigo interno de la civilización cristiano-occidental: el comunismo, por supuesto aliado de la URSS. En este contexto, toda pretensión de cambio revolucionario en cualquier lugar del mundo y particularmente en América Latina es contraria a los intereses de EEUU. Equivale a una guerra de subversión contra el orden norteamericano y es, en consecuencia, una guerra de agresión contra los EEUU, que debe ser respondida con el poderío militar del país, igual que si se tratara de una agresión armada extranjera. En este diseño los ejércitos latinoamericanos pasan a ser un eficaz aliado, ya que ayudan a mantener el orden interno, permiten fortalecer la defensa hemisférica, ayudan a difundir el anticomunismo y contribuyen a recuperar para las FF.AA el respeto (temor) del pueblo.

En este contexto la estrategia de contrainsurgencia tiene como objetivo: aniquilar, destruir o neutralizar a los sectores más radicalizados del movimiento popular, que objetivamente se constituyen en un elemento de desestabilización del régimen de dominación. Para ello la estrategia de contrainsurgencia se propone destruir al enemigo, conquistar bases de apoyo social e institucionalizarse. Fue precisamente a través de esta estrategia que los regímenes de fuerza en América Latina, derrotaron o neutralizaron política y militarmente a la insurgencia, y sentaron las bases de la transición a la democracia restringida.

II.

La fundación del MIR y el diseño táctico-estratégico en la fase pre-revolucionaria (1965-1973)

El MIR irrumpe en la escena política nacional en el mes de agosto de 1965. En esa oportunidad un amplio y heterogéneo grupo de organizaciones revolucionarias asume la tarea de construir un nuevo instrumento orgánico que, de acuerdo con sus perspectivas y orientaciones, dispute la conducción del movimiento popular a la izquierda tradicional, en el proceso de lucha por la construcción del socialismo en Chile.14[14]

En su *Declaración de Principios*, elaborada en el mes de septiembre de ese mismo año, el MIR enunciaba los fundamentos teóricos y políticos que guiaban su accionar. El MIR se visualizaba como la vanguardia marxista-leninista de la clase obrera y de las capas oprimidas de Chile, a la vez que se concebía como el heredero histórico de las tradiciones revolucionarias chilenas. En esta perspectiva la finalidad del MIR era derrocar el sistema capitalista y reemplazarlo por un gobierno de obreros y campesinos, dirigido por los órganos del poder proletario, fijándose como tarea la construcción del socialismo y la extinción gradual del Estado, hasta llegar a la sociedad sin clases.15[15]

El MIR reconocía la existencia histórica de la lucha de clases y, de acuerdo con ello, asumía el combate intransigente contra los explotadores, rechazando todo intento de amortiguar esa lucha. Se planteaba, además, que el siglo XX era la etapa de agonía definitiva del sistema capitalista. Para el MIR, en este siglo, la lucha revolucionaria había asumido un carácter mundial. Agregando que el triunfo de la revolución en numerosos países de capitalismo atrasado demostraba que todas las naciones tenían condiciones suficientes para realizar la revolución socialista.

Para el MIR la burguesía chilena había demostrado su incapacidad para resolver las tareas democrático-burguesas —liberación nacional, reforma agraria, liquidación de los vestigios semif feudales, etc.—. Este hecho ponía al descubierto la inexistencia de una ilusoria *burguesía progresista* y, por consiguiente, se rechazaba la teoría de la revolución por etapas y la política de colaboración de clases asumida por la izquierda tradicional chilena desde fines de la década de 1930.

Más adelante el MIR denunciaba las tácticas políticas utilizadas por la izquierda tradicional, en particular la lucha por reformar el sistema capitalista, el electoralismo, el abandono de la acción directa, la vía pacífica y parlamentaria al socialismo. Para el MIR estos lineamientos confundían, defraudaban y desarmaban

al proletariado. En consecuencia, el MIR plateaba como alternativa, la insurrección popular armada como único camino para derrocar el régimen capitalista. Precisamente, uno de las contribuciones teóricas y estratégicas más importantes del MIR al pensamiento revolucionario en Chile, fue la introducción de las formas armadas de lucha como estrategia de enfrentamiento con el Estado y las clases dominantes.¹⁶[16]

En el Tercer Congreso del MIR, realizado en la ciudad de Santiago en el mes de diciembre del año 1967, el sector castrista, liderado por Miguel Enríquez, Bautista Van Schowen, Luciano Cruz y Andrés Pascal, conquistó la mayoría del Comité Central (CC) —10 cargos de 15—, los cinco cargos del Secretariado Nacional (SN) y la Secretaría General (SG) del partido —Miguel Enríquez—. ¹⁷[17]

A partir de este momento se diseñó un nuevo modelo organizacional. Se conformaron los Grupos Político-Militares (GPMs), que eran estructuras orgánicas intermedias que articulaban bases de masas, operativas, y de técnicas e infraestructura —redes de apoyo—. La política de reclutamiento se hizo más rigurosa, aplicándose criterios de selectividad en la perspectiva de construir un partido de cuadros; y se comenzó a desarrollar una política de acciones armadas —principalmente recuperaciones financieras— que apuntaban a fogear a las unidades especiales y a desarrollar la estructura de aseguramientos. En el plano de masas se aprovechó la agudización experimentada por la lucha de clases en el período y la coyuntura electoral de 1970 para penetrar en los sectores más radicalizados del movimiento popular. Se articuló una línea de frentes intermedios —Frente de Trabajadores Revolucionarios, FTR; Movimiento Universitario de Izquierda, MUI; Frente de Estudiantes Revolucionarios, FER; Movimiento Campesino Revolucionario, MCR; y el Movimiento de Pobladores Revolucionarios, MPR—, destinados a sistematizar las demandas populares y a conducir sus luchas.¹⁸[18] En este plano se experimentaron crecimientos cualitativos en los sectores estudiantil, poblacional y de campesinos mapuches. Paralelamente se estrechaban las relaciones al interior del conglomerado Unidad Popular (UP), especialmente con grupos y dirigentes del Partido Socialista (PS).

Al finalizar esta etapa el MIR había logrado decantar su estructura orgánica; por otra parte consiguió implementar las tareas básicas contempladas en sus definiciones estratégicas —partido de cuadros y accionar armado— y, por último, se consolidó como organización en el plano nacional, con una influencia creciente entre los sectores más activos del movimiento de masas.

La estrategia del MIR reconocía la existencia en América Latina, y por ende también en Chile, de un bloque en el poder constituido por el Imperialismo Norteamericano y por las clases dominantes criollas, ligados estrechamente por sus intereses económicos, políticos y militares. Para el MIR las contradicciones que atravesaban a los dos miembros del bloque en el poder no eran antagónicas, estas sólo decían relación con las formas y montos de las cuotas que les correspondían en el botín de la explotación. Pero por sobre estas contradicciones prevalecía el interés común por mantener el sistema de dominación y explotación sobre el que se sustentaba su poder y su riqueza.

Este marco referencial hace que el Programa del MIR se defina como, antiimperialista, anticapitalista y socialista. Para el MIR, la composición del bloque dominante y la magnitud de sus intereses hacían inviable una estrategia de ocupación gradual de espacios al interior de la institucionalidad burguesa, para, a partir de ello, avanzar al socialismo, como lo sostenía el conglomerado de partidos aglutinados en la UP. Esta percepción diferente del carácter que asumía la lucha de clases en Chile llevaría a los más ácidos y violentos enfrentamientos entre el MIR y la UP durante el período 1970-1973.¹⁹[19]

El MIR perspectivaba la construcción de una Fuerza Social Revolucionaria (FSR) —consciente de la inevitabilidad del enfrentamiento armado—, que fuera capaz de crear una nueva situación política y, a partir de ello, la construcción de una nueva legalidad, como único camino para resolver el problema del poder. De esta manera, la consigna del *poder popular* adquiriría una dimensión estratégica relevante, en cuanto cristalizaba como una manifestación paralela al Estado burgués, asentado en las organizaciones y fuerzas sociales autónomas del proletariado y el pueblo.²⁰[20]

En este plano, las crisis de poder se resolvía, necesariamente, a través del enfrentamiento armado, el que se concebía, a comienzos de la década de 1970, como una *Guerra Revolucionaria Irregular y Prolongada*. En esta perspectiva la línea de construcción de la FSR apuntaba a ganar la conducción del movimiento de masas, para ello resultaba imprescindible insertarse en los frentes sociales e incentivar las formas rupturistas de lucha; construir una institucionalidad paralela, en la que el gobierno de la UP y sus políticas debían contribuir a radicalizar el proceso; desarrollar la fuerza militar propia, sobre la base de núcleos orgánicos especializados, masa armada y penetración en el aparato militar del Estado; y radicalizar las posiciones revolucionarias al interior de los partidos de la UP.²¹[21]

Hacia 1973 el MIR, como producto de su análisis de la situación política nacional (SIPONA) y de la evaluación de sus rangos de inserción y conducción en y sobre el movimiento de masas, concluía que sólo existían dos caminos para el desarrollo de la lucha de clases en Chile: la capitulación reformista frente a las presiones de la burguesía —devolución de empresas tomadas y convocatoria a un plebiscito para dirimir el conflicto político— o la contraofensiva revolucionaria. Si esta última desencadenaba el Golpe de Estado se creía que se contaba con la fuerza necesaria para aplastarlo.²²[22]

Pese a la apreciación anterior la respuesta del movimiento de masas y del MIR al Golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 no fue la esperada. El movimiento de masas desconcertado, golpeado y fragmentado permaneció en su mayor parte pasivo, atemorizado y no desarrolló resistencia; mientras que los sectores de vanguardia en los barrios industriales, en poblaciones y en algunas zonas rurales, que ocuparon sus frentes de lucha a la espera de conducción y armamento, fueron posteriormente desalojados y violentamente reprimidos.²³[23] En todo caso el balance inmediato realizado por el MIR, diagnosticaba que la estrategia que había fracasado en Chile era la del reformismo, no así la estrategia revolucionaria, la que

si bien quedaba expuesta al reflujó y retroceso experimentado por la lucha popular, aparecía legitimada política y moralmente por cuanto se planteaba como única alternativa para retomar la conducción del proceso revolucionario.²⁴[24]

III.

De la lucha contra el aniquilamiento a la Guerra Popular Prolongada (1973-1986)

En diciembre de 1973 el MIR establecía que el Golpe Militar había cerrado el período prerevolucionario y abierto paso a un período contrarevolucionario. Este se caracterizaba por el intento de la clase dominante de restaurar el sistema de dominación, resolviendo su crisis interna y aplastando al movimiento de masas. Para el MIR la columna vertebral del Estado —las Fuerzas Armadas—, colocándose por encima de las fracciones de la clase dominante, habían resuelto por las armas la crisis política del Estado y se aprestaban a resolver la crisis de arrastre del sistema de dominación capitalista en nuestro país.²⁵[25]

En este nuevo período los aspectos más generales del Programa original del MIR no sufrieron grandes alteraciones. Se insistía en la necesidad de la revolución proletaria para Chile, la que debía combinar simultáneamente las tareas democráticas y socialistas. El objetivo de la misma seguía siendo la destrucción del Estado burgués, del Imperialismo y del conjunto de la gran burguesía nacional, agraria, financiera y comercial. Estas tareas debían ser llevadas a cabo por la clase obrera en alianza con los pobres del campo y la ciudad y con las capas bajas de la pequeña burguesía.

Por su parte la línea estratégica, adecuándose al nuevo período, ponía más énfasis en el componente político-militar, específicamente en la guerra revolucionaria. La cual adquirió un carácter continental, al constituirse la Junta Coordinadora Revolucionaria (JCR), que agrupaba al mir chileno, al MLN-Tupamaros de Uruguay, al PRT-ERP de Argentina y al ELN boliviano.²⁶[26] Para poder desarrollar esta línea de intervención estratégica era imprescindible abordar una serie de objetivos preliminares: fortalecer y acerar el partido, reconstruir la FSR y dar origen al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) para, a partir de ello, derrocar a la Dictadura y conquistar el poder. La experiencia más visible de esta nueva orientación estratégica del MIR fue el desarrollo y surgimiento de las Milicias de la Resistencia Popular, las que jugaron un rol importante durante todo el período de lucha contra la Dictadura como nexo entre la estructura partidaria y los núcleos más activos y radicalizados del movimiento popular.

La proyección de esta línea estratégica se vio interrumpida por el violento accionar represivo dirigido contra el MIR por los aparatos de seguridad del Estado, especialmente el Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea (SIFA) y la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA). Entre los años 1974 y 1975 miles de militantes y ayudistas del MIR fueron detenidos, torturados y muchos de ellos asesinados y sus cuerpos hechos desaparecer. Prácticamente toda la Comisión Política y parte importante del Comité Central del MIR fueron aniquilados, entre ellos el Secretario

General del partido, Miguel Enríquez, muerto en combate el 5 de octubre de 1974. Estos golpes represivos redundaron en la desarticulación del partido, la que obligó a los cuadros sobrevivientes a readecuar la estructura orgánica y a redefinir los lineamientos tácticos.²⁷[27]

Los cuadros sobrevivientes que permanecieron en el interior del país se aglutinaron en la Base Madre Miguel Enríquez, instancia orgánica compuesta por no más de 30 militantes que se dio a la tarea de reconstruir el instrumento partidario en las difíciles condiciones impuestas por el cerco represivo. Este reducido núcleo mirista intentó resolver el problema de organización fortaleciendo un aparato militar férreamente compartimentado. Un destacamento de combate que centró su opción estratégica en el impulso y desarrollo de la política de Resistencia Popular. En ese sentido se fortalecieron las estructuras militares internas del partido —Estructura de Fuerza Central— y se impulsó las milicias de la Resistencia Popular, en torno a la franja más combativa del movimiento popular: bolsas de cesantes, organizaciones vinculadas a la defensa de los derechos humanos, pobladores, campesinos mapuches y estudiantes.²⁸[28]

La culminación de este proceso de reorganización orgánica y de rearticulación de vínculos con el movimiento de masas está dada por el Plan 78 —Operación Retorno—, iniciativa táctica que apuntaba a fortalecer la estructura militar del partido con la reinserción en el país de cuadros político-militares provenientes del exilio, fundamentalmente de Cuba. A partir de este contingente se pretendía iniciar una fase ofensiva de accionar armado, realizando acciones de propaganda armada y golpeando objetivos militares estratégicos de la Dictadura.²⁹[29]

La Operación Retorno y la instalación de una columna guerrillera en la zona sur de Chile concluyó con un nuevo revés orgánico, al ser desarticulado el contingente guerrillero en la zona de Neltume (1981) y prácticamente aniquilada la Estructura de Fuerza Central (1982-1984). De esta manera, cuando se desencadena la insurrección generalizada de los sectores populares en Chile, a partir de las protestas del año 1983, el destacamento militar del MIR y con ello su principal contingente orgánico ya se encuentra prácticamente desmantelado.

En este escenario la postrer política de levantamientos populares, recogida de la experiencia centroamericana,³⁰[30] e implementada en los barrios populares de la periferia de la capital, a partir de 1984, y que pasa a denominarse Estrategia de Guerra Popular Prolongada (EGPP), se convirtió en el último intento mirista por revertir —a partir de la incorporación a la lucha miliciana de cientos de jóvenes pobladores— el colapso definitivo de la estructura partidaria. No obstante, el importante nivel de inserción orgánica del MIR entre los sectores más radicalizados del movimiento poblacional, no le permitieron recuperar la base de cuadros drenados por el accionar represivo de los organismos de seguridad. La representación social del MIR se incrementó de manera importante a partir de la apertura de espacios para la representación pública del partido —especialmente en torno a las figuras de Rafael Maroto y Jeckar Neghme—, pero dicha representación social no se tradujo mecánicamente en el fortalecimiento de la línea militar propia. Por el contrario, la misma, comenzó a ser duramente impugnada desde la dirección

de la Comisión Nacional de Masas (CNM), punto de partida del quiebre definitivo de la orgánica mirista.

Efectivamente, la crisis interna iniciada en 1984, como consecuencia del fracaso de la *Operación Retorno* y de la muerte o encarcelamiento de cientos de militantes, se cierra en julio de 1986 con la división del MIR en dos grupos, que manifiestan lineamientos estratégicos diferentes. La continuidad histórica de la estrategia de lucha armada, que se encuentra en la base del pensamiento mirista, quedó representada por la fracción dirigida por Andrés Pascal Allende, pero éste proyecto —al igual que aquel representado por el MIR político—, colapsaron definitivamente a comienzos de la década de 1990, en el marco del agotamiento programático de la izquierda chilena, de la consolidación de la estrategia de transición negociada y de la liquidación del *socialismo real* representado por la URSS y los países de Europa del Este.³¹[31]

* Esta Ponencia se ha beneficiado de los recursos provenientes del Proyecto FONDECYT 1020063.

Ponencia presentada al seminario “Medio siglo de debates tácticos y estratégicos en la izquierda chilena. 1950 – 2000”. Universidad de Santiago de Chile, noviembre 2002.

** Departamento de Ciencias Sociales, Universidad de Los Lagos.

NOTAS

32[1] Engels, Federico, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1941.

33[2] Engels, Federico, *El papel de la violencia en la historia*, en Marx, Carlos y Federico Engels, *Obras Escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, 1981, pp. 396-449.

34[3] Sorel, George, *Reflexiones sobre la violencia*, Ediciones Sur, Buenos Aires, 1971.

35[4] Lenin, V.I. *El Estado y la revolución*, Editorial Quimantú, Santiago de Chile, 1971.

36[5] Tse-Tung, Mao, *Sobre la guerra prolongada*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1960.

37[6] Fanon, Frantz, *Los condenados de la tierra*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965.

38[7] Giap, Vo Nguyen, *Guerra de liberación*, Editorial Quimantú, Santiago de Chile, 1972; y *El hombre y el arma*, Ediciones La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1968.

39[8] Halperin Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza, Madrid, 1981, pp. 371-377.

40[9] Ibid. pp. 437-538.

41[10] Elizaga, Juan Carlos, *Migraciones a las áreas metropolitanas de América Latina*, CELADE, Santiago de Chile, 1970.

42[11] Entre una amplísima bibliografía ver, Castro, Fidel, *La Revolución Cubana*, Editorial Palestra, Buenos Aires, 1960; Chelén Rojas, Alejandro, *La Revolución Cubana y sus proyecciones en América Latina*, Editorial Prensa Latinoamericana, Santiago de Chile, 1960; Guevara, Ernesto Che, *Obra revolucionaria*, Editorial Era, México, 1969; y Bambirra, Vania, *La Revolución Cubana: una reinterpretación*, Cuadernos del CESO, 18, Santiago de Chile, 1973.

43[12] Para este tema confrontar los textos de Bambirra, Vania, *Diez años de insurrección en América Latina*, 2 vols., Editorial Prensa Latinoamericana, Santiago de Chile, 1971 y Castañeda, Jorge, *La utopía desarmada: intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*, Ariel, Buenos Aires, 1994.

44[13] Chateau, Jorge, *Seguridad nacional y guerra antisubversiva*, FLACSO, Santiago de Chile, 1983.

45[14] Para el historiador Luis Vitale, el MIR fue el resultado de un proceso de unificación iniciado por varios grupos desde comienzos de la década de 1960. Entre otros, el Partido Obrero Revolucionario (trotskista), la Vanguardia Revolucionaria Marxista —formada por ex militantes del Partido Comunista y del Partido Socialista, de orientación castrista—, el Movimiento Revolucionario Comunista (maoista) y antiguos militantes anarquistas; Vitale, Luis, *Interpretación marxista de la historia de Chile*, vol. 5, Editorial Fontamara, Barcelona, 1982, pp. 164-165. Del mismo autor, *Contribución a la historia del MIR (1965-1970)*, Ediciones del Instituto de Investigación de Movimientos Sociales Pedro Vuskovic, Santiago de Chile, 1999, pp. 8-12. Cf. Sandoval, Carlos, *MIR (Una historia)*, Sociedad Editorial Trabajadores, Santiago de Chile, 1990, p. 13.

46[15] MIR, *Declaración de principios*, Santiago de Chile, en *El Rebelde*, Santiago de Chile, 1 de septiembre de 1965.

47[16] Cerda, Luis y Torres, Ignacio, «La visión estratégica del Che y Miguel sobre la revolución latinoamericana», en Naranjo, Pedro (Coordinador), *Miguel Enríquez. Páginas de historia y lucha*, Centro de Estudios Miguel Enríquez (CEME), Estocolmo, 1999, p. 22. Una visión duramente crítica de este enfoque se encuentra en Vidal, Hernán, *Presencia del MIR. 14 claves existenciales*, Mosquito Editores, Santiago de Chile, 1999.

48[17] Sandoval, Carlos, op. cit. pp. 35-47 y Vitale, Luis, *Contribución a la historia del MIR (...)*, pp. 17-25.

49[18] Naranjo, Pedro, «Semblanza biográfica y política de Miguel Enríquez», en *Miguel Enríquez. Páginas (...)*, p. 14.

50[19] Hernández, Martín, «Carácter y programa de la revolución proletaria en la concepción de Miguel Enríquez», en *Miguel Enríquez. Páginas (...)*, p. 29-30.

51[20] Gramegna, Marco Antonio y Rojas, Gloria, «La izquierda revolucionaria en la lucha política e ideológica actual», *Marxismo y Revolución*, 1, Santiago de Chile, julio-septiembre de 1973, p. 144.

52[21] MIR, *Resoluciones sobre la situación política nacional*, Comité Central, Santiago de Chile, mayo de 1973.

53[22] *Ibidem*.

54[23] Goicovic Donoso, Igor, «De la dura infancia, de la ardiente vida, de la esperanza...Un testimonio popular para la reconstrucción de nuestra historia reciente», *Última Década*, 6, Viña del Mar, 1997, pp. 85-86.

55[24] MIR, *La táctica del MIR en el actual período*, Comisión Política, Santiago de Chile, diciembre de 1973.

56[25] *Ibidem*.

57[26] Cerda, Luis y Torres, Ignacio, op. cit. p.23.

58[27] La recopilación histórica realizada por Miriam Ortega y Cecilia Radrigán, en *Miguel Enríquez. Con vista a la esperanza*, Escaparate Ediciones, Santiago de Chile, 1998, establece que 448 militantes del MIR, fueron asesinados, hechos desaparecer o murieron en enfrentamientos armados, entre septiembre de 1973 y marzo de 1990.

59[28] MIR, *Documento Central. Conferencia Nacional Extraordinaria*, Santiago de Chile, Noviembre de 1990.

60[29] Pascal Allende, Andrés, «Neltume es un paso. El objetivo: la guerrilla permanente en los campos», Entrevista al Secretario General del MIR, Andrés Pascal Allende, *Revista Punto Final* (en la clandestinidad), Santiago de Chile, 1981.

61[30] Cf. Harnecker, Marta, *Pueblos en armas. Guatemala, El Salvador, Nicaragua*, Era, México, 1984.

62[31] Rivas, Patricio, «Miguel Enríquez y la crisis de la conciencia efímera», en Naranjo, Pedro (Coordinador), *Miguel Enríquez. Páginas (...)*, p.52.

Bibliografía

Bambirra, Vania, *Diez años de insurrección en América Latina*, 2 vols., Editorial Prensa Latinoamericana, Santiago de Chile, 1971.

Bambirra, Vania, *La Revolución Cubana: una reinterpretación*, Cuadernos del CESO, 18, Santiago de Chile, 1973.

Castañeda, Jorge, *La utopía desarmada: intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*, Ariel, Buenos Aires, 1994.

Castro, Fidel, *La Revolución Cubana*, Editorial Palestra, Buenos Aires, 1960.

Cerda, Luis y Torres, Ignacio, «La visión estratégica del Che y Miguel sobre la revolución latinoamericana», en Naranjo, Pedro (Coordinador), *Miguel Enríquez. Páginas de historia y lucha*, Centro de Estudios Miguel Enríquez (CEME), Estocolmo, 1999.

Chateau, Jorge, *Seguridad nacional y guerra antisubversiva*, FLACSO, Santiago de Chile, 1983.

Chelén Rojas, Alejandro, *La Revolución Cubana y sus proyecciones en América Latina*, Editorial Prensa Latinoamericana, Santiago de Chile, 1960.

Elizaga, Juan Carlos, *Migraciones a las áreas metropolitanas de América Latina*, CELADE, Santiago de Chile, 1970.

Engels, Federico, «El papel de la violencia en la historia», en Marx, Carlos y Federico Engels, *Obras Escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, 1981, pp. 396-449.

Engels, Federico, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1941.

Fanon, Frantz, *Los condenados de la tierra*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965.

Giap, Vo Nguyen, *El hombre y el arma*, Ediciones La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1968.

Giap, Vo Nguyen, *Guerra de liberación*, Editorial Quimantú, Santiago de Chile, 1972.

Goicovic Donoso, Igor, «De la dura infancia, de la ardiente vida, de la esperanza...Un testimonio popular para la reconstrucción de nuestra historia reciente», *Última Década*, 6, Viña del Mar, 1997.

Gramegna, Marco Antonio y Rojas, Gloria, «La izquierda revolucionaria en la lucha política e ideológica actual», *Marxismo y Revolución*, 1, Santiago de Chile, julio-septiembre de 1973.

Guevara, Ernesto Che, *Obra revolucionaria*, Editorial Era, México, 1969.

Harnecker, Marta, *Pueblos en armas. Guatemala, El Salvador, Nicaragua*, Era, México, 1984.

Halperin Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza, Madrid, 1981.

Hernández, Martín, «Carácter y programa de la revolución proletaria en la concepción de Miguel Enríquez», en Naranjo, Pedro (Coordinador), *Miguel Enríquez. Páginas de historia y lucha*, Centro de Estudios Miguel Enríquez (CEME), Estocolmo, 1999.

Lenin, V.I. *El Estado y la revolución*, Editorial Quimantú, Santiago de Chile, 1971.

MIR, *Declaración de principios*, Santiago de Chile, en *El Rebelde*, 1 de septiembre de 1965.

MIR, *Documento Central. Conferencia Nacional Extraordinaria*, Santiago de Chile, Noviembre de 1990.

MIR, *La táctica del MIR en el actual período*, Comisión Política, Santiago de Chile, diciembre de 1973.

MIR, *Resoluciones sobre la situación política nacional*, Comité Central, Santiago de Chile, mayo de 1973.

Naranjo, Pedro (Coordinador), *Miguel Enríquez. Páginas de historia y lucha*, Centro de Estudios Miguel Enríquez (CEME), Estocolmo, 1999.

Naranjo, Pedro, «Semblanza biográfica y política de Miguel Enríquez», en Naranjo, Pedro (Coordinador), *Miguel Enríquez. Páginas de historia y lucha*, Centro de Estudios Miguel Enríquez (CEME), Estocolmo, 1999.

Pascal Allende, Andrés, «Neltume es un paso. El objetivo: la guerrilla permanente en los campos», Entrevista al Secretario General del MIR, Andrés Pascal Allende, *Revista Punto Final* (en la clandestinidad), Santiago de Chile, 1981.

Rivas, Patricio, «Miguel Enríquez y la crisis de la conciencia efímera», en Naranjo, Pedro (Coordinador), *Miguel Enríquez. Páginas de historia y lucha*, Centro de Estudios Miguel Enríquez (CEME), Estocolmo, 1999.

Sandoval, Carlos, *MIR (Una historia)*, Sociedad Editorial Trabajadores, Santiago de Chile, 1990.

Sorel, George, *Reflexiones sobre la violencia*, Ediciones Sur, Buenos Aires, 1971.

Tse-Tung, Mao, *Sobre la guerra prolongada*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1960.

Vitale, Luis, *Contribución a la historia del MIR (1965-1970)*, Ediciones del Instituto de Investigación de Movimientos Sociales Pedro Vuskovic, Santiago de Chile, 1999.

Vitale, Luis, *Interpretación marxista de la historia de Chile*, vol. 5, Editorial Fontamara, Barcelona, 1982



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.